

HEATHER MORRIS
LAS TRES HERMANAS

Traducción de Amparo Gresa y Miguel Trujillo

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Título original: *Three Sisters*

© 2021, Heather Morris

Publicado originalmente en lengua inglesa, en Reino Unido, bajo el título
Three Sisters en la editorial Manilla Press, un sello de Bonnier Books UK Limited

© 2021, Traducción: Amparo Gresa y Miguel Trujillo (Traducciones
Imposibles, S. L.)

© 2021, Editorial Planeta, S. A. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño

Fotografía de portada: Agustín Escudero

Primera edición impresa en España: noviembre de 2021

ISBN: 978-84-670-6428-5

Primera edición en formato epub en México: noviembre de 2021

ISBN: 978-607-07-8144-5

Primera edición impresa en México: noviembre de 2021

ISBN: 978-607-07-8100-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México - *Printed in Mexico*

1

VRANOV NAD TOPL'OU, ESLOVAQUIA
MARZO DE 1942

—Por favor, dime que va a estar bien; estoy muy preocupada por ella —ruega Chaya inquieta mientras el doctor examina a su hija de diecisiete años.

Magda lleva varios días con fiebre.

—Sí, señora Meller, Magda estará bien —le asegura el doctor Kisely.

La pequeña habitación contiene dos camas; en una duerme Chaya con su hija más joven, Livi; y la otra la comparten Magda y su hermana mayor, Cibi, cuando está en casa. Un gran ropero ocupa una de las paredes, repleto de las pequeñas posesiones personales de las cuatro mujeres de la casa. En primer lugar, el frasco de perfume de cristal tallado con su lazo y su borla de color esmeralda, y al lado una fotografía borrosa. En ella se ve a un hombre sentado en una silla, con un bebé sobre una rodilla y una niña algo mayor en la otra. Una tercera, de más edad, posa de pie a su izquierda. A su derecha se encuentra la madre de las muchachas, con una mano apoyada sobre el hombro de su marido. La madre y las hijas llevan vestidos de encaje blanco; juntos son la familia perfecta o, al menos, lo eran.

Después de que Menachem Meller muriera en la mesa de operaciones cuando, al fin, le quitaron la bala pero perdió demasiada sangre para sobrevivir, Chaya quedó viuda, y las niñas, huérfanas de padre. Yitzchak, padre de Chaya y abuelo de las hermanas, se mudó a la pequeña cabaña para ayudar en lo que pudiera, mientras que el hermano de Chaya, Ivan, vive en la casa de enfrente.

Ella no está sola, aunque se sienta así.

Las pesadas cortinas de la habitación están cerradas, impidiendo que la brillante luz del sol de primavera que se atisba por encima de la barra de las cortinas alcance a la temblorosa y febril Magda.

—¿Podemos hablar en la otra habitación? —pregunta el doctor Kisely, agarrando a Chaya del brazo.

Livi, con las piernas cruzadas sobre la cama de al lado, observa a Chaya mientras coloca otra toalla húmeda sobre la frente de Magda.

—¿Te quedas con tu hermana? —le pregunta su madre, y Livi asiente con la cabeza.

Cuando los adultos abandonan la habitación, Livi se dirige hacia la cama de su hermana y se acuesta junto a ella para secarle el sudor del rostro con un pañuelo.

—Todo va a estar bien, Magda. No voy a dejar que te pase nada.

Esta se obliga a sonreír un poco.

—Esa es mi frase. Yo soy la hermana mayor, yo cuido de ti.

—Pues recupérate.

Chaya y el doctor Kisely recorren los pocos pasos desde el dormitorio hasta la sala principal de la casa. La puerta delantera se abre directamente a aquella acogedora sala, con una pequeña zona de cocina en la parte posterior.

El abuelo de las muchachas, Yitzchak, está lavándose las manos en el fregadero. Dejó un rastro de aserrín al volver del jardín, y hay más en la alfombra azul desteñida que cubre el suelo. Sobresaltado, se da la vuelta y salpica el suelo de agua.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Yitzchak, me alegra que estés aquí. Ven a sentarte con nosotros.

Chaya voltea con rapidez hacia el joven médico, con miedo en los ojos. El doctor Kisely sonrío y la guía hasta una silla de la cocina, y aparta otra de la pequeña mesa para que Yitzchak se acomode.

—¿Está muy mal? —pregunta este.

—Va a ponerse bien. Tiene fiebre, nada de lo que una muchacha joven y sana no pueda recuperarse por sí sola.

—Entonces ¿qué problema hay? —quiere saber Chaya.

El doctor Kisely toma otra silla y se sienta.

—No se asusten por lo que estoy a punto de decirles.

Chaya se limita a asentir con la cabeza, desesperada por que le diga ya lo que tiene que decir. Los años desde que estalló la guerra la han cambiado: su frente antes lisa está llena de arrugas, y está tan delgada que el vestido le cuelga como si estuviera tendido al sol.

—¿Qué pasa, hombre? —insiste Yitzchak. La responsabilidad que siente hacia su hija y sus nietas lo ha envejecido más de lo que le corresponde, y no tiene tiempo para misterios.

—Quiero ingresar a Magda en el hospital...

—¿Qué? ¡Pero si acabas de decir que va a ponerse bien! —explota Chaya. Se levanta de inmediato apoyándose en la mesa.

El doctor Kisely alza una mano para silenciarla.

—No es porque esté enferma. Hay otra razón por la que quiero ingresarla y, si me escuchan, se las explicaré.

—¿De qué rayos estás hablando? —espeta Yitzchak—. Suéltalo ya.

—Señora Meller, Yitzchak, estoy oyendo rumores, rumores terribles, que dicen que se están llevando de Eslovaquia a judíos jóvenes, chicos y chicas, para trabajar para los alemanes. Si Magda se encuentra en el hospital, estará a salvo, y prometo que no dejaré que le pase nada.

Chaya vuelve a derrumbarse en la silla, cubriéndose la cara con las manos. Esto es mucho peor que la fiebre.

Yitzchak le da unas palmadas distraídas en la espalda, pero está concentrado en escuchar todo lo que tiene que decir el doctor.

—¿Qué más? —pregunta, mirando a este a los ojos e instándolo a ser directo.

—Como he dicho, son varios rumores, y ninguno es bueno para los judíos. Si vienen por sus hijos es el principio del fin. Y eso de trabajar para los nazis..., no tenemos ni idea de lo que significa.

—¿Qué podemos hacer? Ya lo hemos perdido todo: el derecho a trabajar, a alimentar a nuestras familias... ¿Qué más pueden arrebatararnos?

—Si lo que estoy oyendo tiene alguna base real, quieren a sus hijos.

Chaya se endereza en su asiento. Tiene el rostro enrojecido, pero no llora.

—¿Y Livi? ¿Quién va a proteger a Livi?

—Me parece que los buscan de dieciséis años o más. Livi tiene catorce, ¿verdad?

—Quince.

—Sigue siendo una niña. —El doctor Kisely sonrío—. Creo que estará bien.

—¿Y cuánto tiempo se quedará Magda en el hospital?
—pregunta Chaya, y voltea hacia su padre—. No querrá ir, no querrá abandonar a Livi. ¿No recuerdas, Padre, cuando Cibi se marchó y le hizo prometer a Magda que cuidaría de su hermana pequeña?

Yitzchak le da unas palmadas en las manos.

—Si queremos salvarla, tendrá que marcharse, le guste o no.

—Creo que bastarán solo unos días, tal vez una semana. Si los rumores son ciertos, ocurrirá pronto, y después la traeré a casa. ¿Y Cibi? ¿Dónde está?

—Ya la conoces, se fue con la *Hachshara*.

Chaya no sabe qué pensar de la *Hachshara*, un programa de entrenamiento para enseñar a la gente joven como Cibi las habilidades necesarias para empezar una nueva vida en Palestina, muy lejos de Eslovaquia y de la guerra que asola a Europa.

—¿Sigue aprendiendo a labrar la tierra? —bromea el doctor, pero ni a Chaya ni a Yitzchak les hace gracia.

—Si va a emigrar, eso es lo que encontrará cuando llegue: mucha tierra fértil esperando que la siembren —dice Yitzchak.

Pero Chaya permanece en silencio, perdida en sus pensamientos. Una hija en el hospital y la otra lo bastante joven como para escapar de las garras de los nazis. Y la tercera, Cibi, la mayor, ahora forma parte de un movimiento juvenil sionista con la misión de crear una patria judía, sea cuando sea eso.

Todos se han percatado de que realmente necesitan una tierra prometida, y cuanto antes, mejor. Pero al menos sus tres hijas están a salvo por el momento, piensa Chaya.

2

ÁREA BOScosa EN LAS AFUERAS DE VRANOV NAD
TOPL'OU, ESLOVAQUIA
MARZO DE 1942

Cibi se agacha mientras un pedazo de pan le pasa volando junto a la cabeza. Le frunce el ceño al joven que lo lanzó, aunque sus ojos centelleantes revelan un sentimiento muy distinto.

Cibi no dudó cuando llegó la convocatoria, y respondió con entusiasmo al deseo de forjar una nueva vida en una nueva tierra. En un claro en mitad del bosque, lejos de ojos entrometidos, se construyeron cabañas para dormir, además de una sala común y una cocina. Allí veinte adolescentes aprenden a ser autosuficientes, viviendo y trabajando juntos en una pequeña comunidad, y se preparan para una nueva vida en la tierra prometida.

La persona responsable de esta oportunidad es el tío de uno de los chicos que también están sometidos al entrenamiento. Aunque Josef se convirtió al cristianismo, no ha perdido la solidaridad con los judíos que están pasando apuros en Eslovaquia, a pesar de su cambio de fe. Es un hombre adinerado, así que adquirió unas tierras en el bosque a las afueras del pueblo, un lugar seguro para que los jóvenes puedan entrenar juntos. Josef solo

tiene una regla: cada viernes por la mañana todos deben regresar a casa, antes del *sabbat*, y no volver hasta el domingo.

En la cocina, Josef suelta un suspiro al ver que Yosi le lanza un trozo de pan a Cibi. Ya prepararon el viaje de este grupo; se marcharán dentro de dos semanas. Su campo de entrenamiento está funcionando: ocho grupos se han ido ya a Palestina... y ahí están esos dos, perdiendo el tiempo.

—¡Si el calor de Palestina no nos mata, lo hará la comida que preparas, Cibi Meller! —le grita su atacante—. A lo mejor deberías limitarte a cultivar los alimentos.

Ella se acerca al joven a zancadas y le rodea el cuello con un brazo.

—Si sigues aventándome cosas, no vivirás para llegar a Palestina —le advierte, apretando un poco.

—¡Se acabó, chicos! —anuncia Josef—. Terminen y salgan. El entrenamiento comienza en cinco minutos. —Hace una pausa—. Cibi, ¿quieres pasar un rato más en la cocina practicando cómo hacer pan?

Cibi libera el cuello de Yosi y se pone firme.

—No, señor, no parece que me vaya a salir mejor por más tiempo que pase en la cocina.

Mientras habla, veinte sillas rechinan contra el suelo de madera del comedor improvisado cuando los jóvenes judíos se apresuran a terminar sus comidas, deseosos de salir y comenzar a entrenar otra vez.

Forman unas hileras desordenadas y se ponen firmes mientras su instructor, Josef, se acerca sonriente. Está orgulloso de sus valientes reclutas, tan dispuestos a embarcarse en un viaje peligroso, dejando atrás a sus familias y su país mientras la guerra y la ocupación de los nazis se propagan a su alrededor. Es mayor y más sabio

y, tras prever el futuro de los judíos en Eslovaquia, convocó la *Hachshara*, creyendo que era su única oportunidad si querían sobrevivir a lo que estaba por llegar.

—Buenos días —dice Josef.

—Buenos días, señor —responden a coro.

—Entonces el Señor hizo un pacto con Abraham aquel día y dijo... —comienza, buscando su conocimiento de los versos del primer libro de la Biblia.

—«Yo he entregado esta tierra a tus descendientes, desde la frontera de Egipto hasta el gran río Éufrates» —responde el grupo.

—Y el Señor le dijo a Abraham...

—«Deja tu patria y a tus parientes y a la familia de tu padre, y vete a la tierra que yo te mostraré» —terminan ellos.

La solemnidad del momento queda rota por los rugidos de una camioneta abriéndose paso trabajosamente a través del claro. Cuando se detiene junto a ellos, un granjero de la zona baja de ella.

—Yosi, Hannah, Cibi —llama Josef—, serán los primeros para las clases de conducir de hoy. Y, Cibi, me da igual lo buena o mala cocinera que seas, pero tienes que aprender a conducir una camioneta. Hazlo con las mismas ganas con las que te abalanzaste sobre el cuello de Yosi y dentro de poco estarás enseñando tú a los demás. Necesito que todos sobresalgan en algo para que ayuden con el entrenamiento. ¿Comprendido?

—¡Sí, señor!

—El resto, vayan al cobertizo. Hay mucha maquinaria de granja dentro que aprenderán a utilizar y a mantener.

Cibi, Hannah y Yosi se acercan a la puerta del asiento del conductor de la camioneta.

—Vamos, Cibi, tú primero. Intenta no romperla antes de que nos toque a Hannah y a mí —dice Yosi jugueteón.

Ella se acerca a Yosi y, una vez más, le rodea el cuello con el brazo.

—Estaré conduciendo por las calles de Palestina antes de que tú encuentres la primera velocidad —le gruñe al oído.

—Muy bien, detente. Cibi, sube; yo me sentaré al otro lado —dice el granjero.

Mientras ella se sube a la camioneta, Yosi le da un empujón desde atrás. Con la mitad del cuerpo dentro y la otra mitad fuera del vehículo, se plantea qué hacer, y decide que ayudará a Yosi a subir de la misma manera cuando sea su turno.

Yosi y Hannah se parten de risa mientras Cibi, tras el volante de la camioneta, pone el motor en marcha y avanza por el camino dando botes como un conejo. Por la ventanilla del conductor sale un brazo extendido con el dedo medio en alto.